



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## ESPLENDORES Y MISERIAS

DE LAS

# LIBERTINAS

A. S. A. EL PRÍNCIPE ALFONSO DI PORCIA

Permitame que estampe su nombre al frente de una obra esencialmente parisense, y que fué meditada en su casa durante aquellos últimos días. ¿No es natural que le ofrezca las flores retóricas que brotaron en su jardín y que fueron regadas con las penas de la nostalgia, penas que procuró usted ahuyentar cuando yo vagaba por los *boschetti* cuyos olmos me recordaban los Campos Eliseos? Tal vez lave así el crimen de haber pensado en París estando enfrente del *Duomo*, y de haber suspirado por nuestras fangosas calles en las elegantes y pulcras aceras de Porta Renza. Cuando tenga algunos libros que puedan ser dedicados á milaneses, gozaré del placer de hallar nombres que fueron queridos por los viejos narradores italianos, entre los de personas á quienes amo y á quienes suplico que no olviden á su afmo.

DE BALZAC.

Agosto 1838.

81-79-ek

ESTER DICHOSA

El año 1824, en el último baile de la Ópera, algunas máscaras quedaron admiradas de la belleza de un joven que se paseaba por los corredores y por el salón de descanso en esa actitud propia del que busca á una mujer á quien, circunstancias imprevistas, retienen en el baile. El secreto de aquel paso, ora presuroso, ora indolente, sólo es conocido por algunas ancianas y por unos cuantos callejeros eminentes. En aquella inmensa sala de citas, la multitud observa poco á la multitud, los intereses son apasionados y hasta la ociosidad parece preocupada. El joven petimetre estaba tan ensimismado en su inquieta busca,

que no notaba su éxito: no veía, y no oía siquiera las exclamaciones burlescamente admirativas de ciertas máscaras, los asombros serios, los mordaces chistes y las palabras dulces que le dirigían. Aunque su belleza lo clasificase entre el número de personajes excepcionales que van al baile de la Ópera á buscar una aventura, y que la esperan cual se esperaba un premio en la ruleta cuando Frascati vivía, parecía estar seguro de su fortuna. Nuestro joven iba á ser el héroe de uno de esos misterios de tres personajes que componen todo el baile de máscaras de la Ópera, y que son conocidos solamente por los que desempeñan algún papel; porque, para las damas que van allí á fin de poder decir: *Yo he visto*; para los provincianos, para los jóvenes inexpertos, para los extranjeros, la Ópera suele ser la mansión del cansancio y del aburrimiento. Para éstos, aquella multitud negra, lenta, agitada, que va, viene, serpentea, da vueltas, sube, baja y sólo puede ser comparada á un hormiguero, es tan incomprensible como la Bolsa para un aldeano que ignora la existencia del papel del Estado. Salvo raras excepciones, en París los hombres no se disfrazan: un hombre con dominó parece ridículo. En esto brilla el genio de la nación. Las gentes que quieren ocultar su dicha pueden ir al baile de la Ópera sin necesidad de disfrazarse, y las máscaras que se ven forzadas á entrar salen en seguida. Un espectáculo de los más curiosos es el tumulto que produce á la puerta, desde el principio del baile, la ola de gente que huye, luchando con la que entra. De suerte, que los hombres disfrazados son maridos celosos que van á espiar á sus mujeres, ó maridos afortunados que no quieren ser espiados por éstas; dos situaciones igualmente burlescas. Ahora bien, nuestro joven iba seguido, sin darse cuenta, por una maldita máscara, que ocultaba á un hombre pequeño y gordo que, más bien que andar, parecía dar vueltas como un tonel. Para todo concurrente á la Ópera, aquel dominó dejaba ver á un administrador, un agente de cambio, un banquero, un notario ó un burgués que desconfiaba de su infiel. En efecto, en la alta sociedad no hay nadie que quiera presenciar escenas humillantes. Algunas máscaras habían señalado, riéndose, á aquel monstruoso personaje, otras le habían apostrofado, y algunos jóvenes se habían burlado de él; pero su actitud y su paso denotaban un profundo desprecio por todos aquellos dichos,

y el mascarón iba adonde le llevaba el joven, como camina el jabalí perseguido, sin cuidarse ni de las balas que silban en sus orejas ni de los perros que ladran en su costado. Aunque el placer y la inquietud hayan adoptado, como uniforme, la ilustre toga negra veneciana, y aunque sea todo confuso en el baile de la Ópera, los diferentes círculos de que se compone la sociedad parisiense se encuentran, se reconocen y se observan. Hay nociones tan precisas para algunos iniciados, que aquel enigma de intereses es para ellos tan legible como una novela amena. Para los asiduos, aquel hombre no podía, pues, ir en busca de aventura feliz, ya que hubiese llevado infaliblemente la marca convenida, roja, blanca ó verde, que suele señalar las aventuras preparadas de antemano. ¿Se trataría de una venganza? Al ver que el enmascarado seguía tan de cerca á un hombre afortunado, algunos ociosos volvieron á fijarse en el rostro guapo adornado por la divina aureola del placer. El joven interesaba, y cuanto más andaba más curiosidad despertaba. Por otra parte, todo en él denotaba al hombre dado á la vida elegante. Siguiendo una ley fatal de nuestra época, existía poca diferencia física y moral entre el hijo de duque y par más distinguido y mejor educado y aquel joven encantador á quien la miseria ahogaba poco antes, en París, entre sus brazos de hierro. La belleza y la juventud podían ocultar en él profundos abismos, como muchas gentes que quieren desempeñar un papel en París sin poseer el capital necesario para sus pretensiones, y que cada día se juegan el todo por el todo echándose en brazos del dios más cortejado en esta ciudad, del dios azar. Sin embargo, su porte y sus maneras eran irreprochables, y paseaba por el clásico pavimento del salón cual asiduo de la Ópera. ¿Quién no ha notado que allí, como en todas las zonas de París, existe una manera de ser que revela lo que sois, lo que hacéis, de dónde venís y lo que queréis?

—¡Guapo mozo! Aquí ya puede una volverse para mirarle —dijo una máscara en quien los asiduos reconocieron á una mujer distinguida.

—¿No lo recuerda? —le respondió su pareja. —Pues le fué presentado á usted por la señora del Chatelet.

—¡Cómo! ¿es por ventura aquel boticario de quien se había enamorado, y que se hizo periodista, el amante de la señorita Coralía?

—Yo le creía tan caldo que me parecía imposible que se levantase, y no comprendo cómo puede presentarse en París—dijo el conde Sixto del Chatelet.

—Tiene aires de príncipe, y no creo que los haya adquirido con esa actriz con quien vivía—dijo la máscara.—Mi prima, que lo había adivinado, no ha sabido lavarle la cara. Me gustaría conocer á la amante de ese mocito. Díganme algo de su vida para poder darle una broma.

Esta pareja que seguía al joven, cuchicheando, fué entonces observada particularmente por el enmascarado panzudo.

—Mi querido señor Cardo—dijo el prefecto de la Charente tomando del brazo al petimetre,—le presento á una persona que quiere reanudar sus relaciones con usted.

—Querido conde Chatelet—respondió el joven,—esa persona me enseñó á ver cuán ridículo era el nombre que usted me da. Una Real Orden me otorga derecho á usar el de mis antepasados maternos, los Rubempré. Aunque los periódicos anunciaron este hecho, concierne á una persona tan insignificante, que no me avergüenzo de recordárselo á mis amigos, á mis enemigos y á los indiferentes; usted puede clasificarse en donde quiera, pero estoy seguro que no desaprobó una medida que me fué aconsejada por su mujer cuando no era aun más que señora de Barquón.

Este agudo epigrama, que hizo sonreír á la marquesa, causó al prefecto de la Charente un estremecimiento nervioso.

—Dígale usted—añadió Luciano—que ahora llevo *gules*, con un toro de plata en prado de *sinople*.

—¡Un toro de plata!—repitió Chatelet.

—Si no lo sabe usted, la señora marquesa le explicará el porqué este escudo antiguo vale algo más que la llave de chambelán y las abejas de oro del Imperio que lleva el suyo, con gran disgusto de la señora Chatelet, *apellidada Negrepe-lisse de Espard*—se apresuró á decir Luciano.

—Puesto que me ha conocido usted, ya no puedo darle broma, y me sería imposible manifestarle hasta qué punto despierta usted mi curiosidad—le dijo en voz baja la marquesa de Espard, asombrada de la impertinencia y del aplomo del hombre á quien ella había despreciado.

—Señora, entonces permítame que conserve el único medio que tengo de ocupar su pensamiento, permaneciendo

en esta penumbra misteriosa—dijo Luciano sonriéndose como hombre que no quiere comprometer una dicha segura.

La marquesa no pudo reprimir un movimiento de disgusto al sentirse cortada por la precisión de Luciano.

—Le felicito á usted por su cambio de posición—le dijo el conde del Chatelet.

—Y yo recibo su felicitación como usted me la dirige—replicó Luciano saludando á la marquesa con gracia infinita.

—¡Fatuo!—dijo en voz baja el conde á la señora de Espard—al fin ha acabado por conquistar el nombre de sus antepasados.

—La fatuidad de los jóvenes, cuando es empleada con nosotros, anuncia casi siempre una dicha cierta, mientras que con ustedes denota mala suerte. Me gustaría, pues, conocer á esa amiga nuestra que presta protección á tan hermoso pájaro; porque así tal vez habría posibilidad de divertirse esta noche. Mi cartita anónima es sin duda una maldad preparada por alguna rival, pues se refiere á ese joven: espíelo usted. Yo me voy á dar el brazo al duque de Navarreins y luego nos hallaremos.

En el momento en que la señora de Espard se acercaba á su pariente, la máscara misteriosa se colocó entre ella y el duque para decirle al oído:

—Luciano la ama y es el autor de la cartita anónima. El prefecto es su mayor enemigo; ¿cómo quiere usted que le diese explicaciones delante de él?

El desconocido se alejó, dejando á la señora de Espard sumida en una doble sorpresa. La marquesa no conocía á nadie en el mundo que pudiese ser capaz de desempeñar el papel de aquella máscara, y temiendo un lazo fué á sentarse en un rincón. El conde Sixto del Chatelet, á quien Luciano había suprimido el *del* con una afectación que trascendía á venganza meditada, siguió de lejos al maravilloso petimetre y no tardó en encontrar á un joven con quien podía hablar con entera franqueza.

—¡Hola! Rastiñac ¿ha visto usted á Luciano? está desconocido.

—Si yo fuese tan guapo como él, tendría más dinero del que él tiene—respondió el elegante joven con tono indiferente, pero impregnado de un acento que denotaba una burla ática.

—Se equivoca—le dijo al oído el grueso mascarón devolviéndole mil burlas por una por el acento con que recalcó su contestación.

Rastiñac, que no era hombre que se tragase un insulto, se quedó como herido por un rayo, y se dejó llevar al alfeizar de una ventana por una mano de hierro, de la que no podía desprenderse.

—Pollito salido del gallinero de la tía Vauquer, sepa usted para su seguridad personal que, si no se porta bien con Luciano tratándole como á un hermano, le haremos daño, sin que usted pueda volvérselo. Silencio y abnegación, ó destruiré vuestros planes. Luciano de Rubempré está protegido por el mayor poder que existe hoy, por la Iglesia. Escoja usted entre la vida ó la muerte. ¿Qué me contesta?

Rastiñac sintió vértigos como el hombre que está dormido en un bosque y halla junto á sí, al despertar, un león hambriento. Sintió miedo, aunque sin testigos, que es como se entregan al miedo hasta los hombres más valerosos.

—Sólo *él* puede saber... y puede atreverse...—se dijo para sus adentros.

La máscara le estrechó la mano para impedir que continuase la frase, y le dijo:

—Obre usted como si fuese *él*.

Entonces Rastiñac obró como el millonario que se ve cogido en un camino por un bandido: capituló.

—Mi querido conde—le dijo á Chatelet acercándosele,—si tiene usted en algo su posición, trate á Luciano de Rubempré como hombre á quien viese usted en posición superior á la suya.

La máscara hizo un gesto imperceptible de satisfacción y empezó á seguir á Luciano.

—Querido mío, pronto ha cambiado usted de opinión respecto á ese punto—le respondió el prefecto con natural asombro.

—Con la misma prontitud que emplean los que están en el centro y se pasan á la derecha—le respondió Rastiñac á aquel prefecto-diputado, cuyo voto no era ministerial desde hacía algunos días.

—¿Acaso hay opiniones hoy? ¡ya no hay más que intereses!—le contestó Lupeaulx, que los escuchaba.—¿De qué se trata?

—Del señor de Rubempré, á quien Rastiñac reputa de personaje—le dijo el diputado al secretario general.

—Mi querido conde—le respondió Lupeaulx con tono grave,—el señor de Rubempré es un joven de gran mérito, y cuenta con tales influencias que yo celebraría reanudar mi amistad con él.

—Ahora va á caer en el lodazal de los corridos del día—dijo Rastiñac.

Los tres interlocutores se volvieron hacia un rincón ocupado por algunos talentos, hombres más ó menos célebres, y por varios elegantes. Estos señores solían comunicarse sus observaciones, sus agudezas y sus críticas, procurando divertirse. Entre aquella abigarrada tropa había algunos con quienes Luciano había tenido relaciones mezcladas con favores, buenos al parecer, pero malos en el fondo.

—¡Vamos! Luciano, hijo mío, mi querido amor, ya os veo regenerado y restaurado. ¿De dónde venís? Has medrado á favor de los regalos salidos del gabinete de Florina. ¡Bien, muchacho!—le dijo Blondet dejando el brazo de Finot para tomar familiarmente á Luciano por el talle y estrecharlo contra su corazón.

Andoche Finot era el propietario de una revista en que Luciano había trabajado casi gratis y que Blondet enriquecía con su colaboración, con sus sabios consejos y con su profundidad de miras. Finot y Blondet personificaban á Bertrand y á Ratón, con la sola diferencia de que el gato de La Fontaine acabó por notar su engaño, y Blondet seguía sirviendo á Finot, á pesar de que notaba el engaño. En efecto, este brillante luchador de la pluma tenía que ser esclavo durante mucho tiempo. Finot ocultaba una voluntad brutal bajo apariencias groseras, y sabía recoger el grano que sembraba en los campos de la vida de disipación que suelen hacer los letrados y los políticos. Por su desgracia, Blondet había empleado sus fuerzas en dar satisfacción á su pereza y á sus vicios. Sorprendido siempre por la necesidad, pertenecía al pobre número de los eminentes que lo pueden todo con la fortuna ajena sin poder nada con la suya, de los Aladinos que dejaban siempre prestada su lámpara. Esos admirables consejeros tienen el ingenio perspicaz y profundo cuando no están atormentados por el interés personal. Lo que obra en ellos es la cabeza y no el brazo, y de aquí lo desordenado de sus cos-

tumbres y la crítica con que agotan á los espíritus inferiores. Blondet compartía su bolsa con el camarada á quien había herido la víspera, y comía, bebía y dormía con aquel á quien pensaba degollar al día siguiente. Sus divertidas paradojas lo justificaban todo. Aceptando el mundo entero como un objeto de broma, Blondet no quería tampoco que lo tomaran en serio. Joven, amado, casi célebre, feliz, no se ocupaba, como Finot, de adquirir la fortuna necesaria al hombre viejo. El valor más difícil es, sin duda, el que necesitaba Luciano en aquel momento para dejar cortado á Blondet como acababa de dejar á la señora de Espard y á Chatelet. Desgraciadamente, en él, los goces de la vanidad no le permitían ejercer el orgullo que es, á decir verdad, el principio de muchas grandes cosas. En el encuentro anterior su vanidad había triunfado: se había mostrado rico, feliz y desdenguado con dos personas que le habían despreciado á él por pobre y miserable; pero un poeta, semejándose á un diplomático envejecido, ¿podía romper violentamente con dos titulados amigos que le habían acogido en la miseria y en cuya casa había dormido durante los días angustiosos? Finot, Blondet y él se habían engolfado juntos en el vicio y se habían entregado á orgías que eran costeadas con el dinero de sus acreedores. Como esos soldados que no saben emplear su valor, Luciano hizo entonces lo que hacen muchos parisienses, y se comprometió de nuevo aceptando el apretón de manos de Finot y las caricias de Blondet. Quienquiera que se haya dedicado al periodismo ó que se dedique aun, se ve en la cruel necesidad de saludar á muchos hombres á quienes desprecia, de sonreír á su mayor enemigo, de cometer las mayores bajezas y de mancharse los dedos para pagar á sus agresores con la misma moneda. Se acostumbra uno á ver cómo se comete el mal y á dejarlo pasar; se empieza por aprobarlo y se acaba por cometerlo. A la larga, el alma, manchada por vergonzosas y continuas transacciones, se degrada, los pensamientos nobles se ausentan, y los goznes de la vulgaridad se gastan y giran sobre sí mismos. Los Alcestes se convierten en Filintos, los caracteres se ablandan, los talentos se aminoran y la fe en las buenas obras se extingue. El que podría enorgullecerse de sus páginas, se gasta haciendo pobres artículos que su conciencia le señala tarde ó temprano como otras tantas acciones malas. Se encaminaba uno á París, como

Lousteau y como Vernou, para ser un gran escritor, y acaba uno por ser un folletista impotente. Esta es la razón por la cual no se honrará nunca bastante á las gentes cuyo carácter está á la altura del talento, á los Arthez que saben marchar con paso firme á través de los escollos de la vida literaria. Luciano no supo responder nada á la charla de Blondet, cuyo ingenio tenía para él irresistibles seducciones, que conservaba el ascendiente del corruptor sobre el discípulo, y que, por otra parte, estaba bien relacionado en el mundo á causa de sus amores con la condesa de Montcornet.

—¿Habéis heredado á algún tío?—le preguntó Montcornet con tono burlón.

—He puesto, como usted, á los tontos á respetable distancia de mi persona—le respondió Luciano en el mismo tono.

—¿Tiene el señor alguna revista ó algún periódico?—dijo Andoche Finot con la suficiencia impertinente que suele usar el explotador con el explotado.

—Tengo cosa mejor—replicó Luciano, cuya vanidad, herida por el tono que empleaba el redactor jefe, le hizo darse cuenta de su nueva posición.

—¿Y qué tenéis, querido?

—Tengo un partido.

—¿Hay el partido Luciano?—preguntó Vernou sonriéndose.

—Finot, hete ya distanciado de ese muchacho, según te predije. Luciano tiene talento, tú no has sabido contentarlo, y lo has perdido. Arrepiéntete, zoquete—repuso Blondet.

Flexible como una ballena, Blondet vió más de un secreto en el acento, en el gesto y en el aire de Luciano, y quiso saber la causa de la vuelta de éste á París, sus proyectos y sus medios de vida; así es que exclamó:

—Arrodíllate ante una superioridad que no tendrás tú nunca, aunque te llames Finot. Admite al señor en el acto entre el número de los hombres fuertes que serán dueños del porvenir. ¡Es de los nuestros! Listo y guapo, ¿no tiene que llegar á la meta con tus *quibuscumque vis*? Hele ya con su buena armadura de Milán, su potente daga y su pendón enarbolado. ¡Pardiez! Luciano, ¿dónde has robado ese chaleco tan bonito? No hay nadie como el amor para saber encontrar esas telas. ¿Tienes ya domicilio? En este mo-

mento necesito conocer la dirección de mis amigos, porque no tengo dónde acostarme. Finot me ha puesto en la calle por esta noche, con el vulgar pretexto de que tiene una conquista.

—Querido mío—respondió Luciano,—he puesto en práctica un axioma, con el cual está uno seguro de vivir tranquilo: *¡Fuge, late, tace!* Os dejo.

—Pero yo no te dejo hasta que no me satisfagas una deuda sagrada, aquella cena, ¿te acuerdas?—le dijo Blondet, que sentía deseos de darse un banquete y que solicitaba invitaciones cuando no tenía dinero.

—¿Qué cena?—preguntó Luciano con impaciencia.

—¿No te acuerdas ya? Ese es el mejor síntoma de la prosperidad de un amigo: la pérdida de la memoria.

—Ya sabe lo que nos debe, y yo soy garante de su corazón sincero—dijo Finot aprovechando la broma de Blondet.

—Rastiñac—dijo Blondet cogiendo del brazo al joven elegante en el momento en que llegaba junto á la columna en que se hallaban sus titulados amigos,—se trata de una cena: será usted de los nuestros... á no ser que el señor persista en negar esta deuda de honor, cosa que puede hacer—añadió seriamente señalando á Luciano.

—El señor de Rubempré es incapaz de negarse; yo lo garantizo—dijo Rastiñac sin pensar siquiera en que se tratase de una broma.

—¡Aquí está Bixiou!—exclamó Blondet—el también será de los nuestros, porque sin él no hay nada completo. Sin él, el vino de Champaña me pone la lengua pastosa, y lo hallo todo insípido, hasta el picante de los epigramas.

—Amigos míos—dijo Bixiou,—veo que estáis reunidos en torno de la maravilla del día. Nuestro querido Luciano reanuda las metamorfosis de Ovidio. Del mismo modo que los dioses se cambiaban en legumbres y otras cosas para seducir mujeres, han cambiado el Cardo en hidalgo para seducir ¿á quién? á Carlos X. Lucianito—le dijo cogiéndolo por un botón de la levita,—un periodista que pasa á ser gran señor merece una buena cencerrada. En su lugar—dijo el implacable burlón señalando á Finot y á Vernou,—yo te metería mano en el periodiquillo, porque así darías materia para diez columnas de chistes y para ganar un centear de francos.

—Bixiou—dijo Blondet,—un anfitrión es sagrado para nosotros veinticuatro horas antes y doce horas después de la fiesta que nuestro ilustre amigo nos ofrece.

—¿Cómo! ¡cómo!—exclamó Bixiou—pero ¿qué cosa más necesaria que salvar del olvido un gran nombre y dotar con un hombre de talento á la aristocracia indigente? Luciano, puedes contar con el apoyo de la prensa, pues has sido una de sus columnas más hermosas, y nosotros te sostendremos. ¡Finot, un artículo de fondo en tus París! ¡Blondet, un suelto insidioso en la cuarta página de tu periódico! Anunciemos la aparición del libro más hermoso de la época, *El Arquero de Carlos IX*. Supliquemos á Dauriat que nos dé pronto *Las Margaritas*, esos divinos sonetos del Petrarca francés. Llevemos á nuestro amigo al escenario, que hace y deshace las reputaciones.

—Si querías cenar, me parece que no necesitabas emplear la hipérbole y la parábola con un amigo antiguo, tratándole como á un necio—dijo Luciano á Blondet para deshacerse de aquella tropa que amenazaba engrosar.—Hasta mañana por la noche, en casa de Lointier—se apresuró á decir al ver que se dirigía hacia él una mujer á la cual fué á unirse.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh!—dijo Bixiou en tres tonos con aire burlón, cual si reconociese á la máscara que iba con Luciano.—¡Esto merece confirmación!

Y siguió á la bonita pareja, pasó delante de ella, la examinó con ojos perspicaces y volvióse con gran satisfacción de todos aquellos envidiosos que estaban interesados en saber de dónde provenía el cambio de fortuna de Luciano.

—Amigos míos, vosotros conocéis desde hace mucho á la conquista del señor de Rubempré—les dijo Bixiou;—es el antiguo rata de Lupeaulx.

Una de las perversidades olvidadas ahora, pero muy en uso al principio de este siglo, era el lujo de los ratas. Un rata, palabra en desuso ya, se aplicaba á un niño de diez á once años, comparsa de algún teatro, sobre todo de la Ópera, á quien los crapulosos educaban para el vicio y la infamia. Un rata era una especie de paje infernal, un mozalbete hembra á quien se perdonaba todo. El rata podía apoderarse de todo, y era preciso desconfiar de él como de un animal peligroso: introducía en la vida un elemento de alegría, como antaño los Scapíns, los Sganarellos y los Fron-

tines de la comedia antigua. Un rata era demasiado caro; no reportaba ni honra, ni provecho, ni placeres; la moda de los ratas pasó de tal modo, que hoy pocas personas conocían este detalle íntimo de la vida elegante antes de la Restauración, hasta el momento en que algunos escritores se apoderaron del rata como de un asunto nuevo.

—¡Cómo! después de haber tenido á Coralia muerta ¿nos arrebatará Luciano á la Torpedo?—preguntó Blondet.

Al oír aquel nombre, la máscara de formas atléticas hizo un movimiento involuntario que no pasó desapercibido para Rastiñac.

—¡No es posible!—exclamó Finot.—La Torpedo no tiene un céntimo que dar, porque, según me dijo Natán, le pidió mil francos prestados á Florina.

—¡Oh! ¡señores, señores!—dijo Rastiñac procurando defender á Luciano de tan odiosas imputaciones.

—¡Cómo!—exclamó Vernou—¿es tan gazmoño el antiguo amante de Coralia?

—¡Oh! esos mil francos me prueban que nuestro amigo Luciano vive con la Torpedo—dijo Bixiou.

—¡Qué irreparable pérdida para la literatura, la ciencia, el arte y la política!—dijo Blondet.—La Torpedo es la única muchacha de vida alegre que tiene pasta de verdadera cortesana; la instrucción no la habrá maleado, pues no sabía leer ni escribir; ella nos habría comprendido. Habríamos dotado á la época de una de esas magníficas figuras aspasianas, sin las cuales no hay gran siglo. Ved qué bien encaja la Dubarry en el siglo XVIII, la Ninón de Lenclos en el XVII, Marión de Lorme en el XVI, Imperia en el XV, Flora en la república romana, á quien declaró su heredera, y que pudo pagar la deuda pública con aquella herencia. ¿Qué sería Horacio sin Lydia, Tibulo sin Delia, Cátulo sin Lesbia, Propercio sin Cintia y Demetrio sin Lamia, que constituye hoy su gloria?

—Blondet hablando de Demetrio en el ambigü de la Ópera me parece ser un tanto periodista de los *Debates*—le dijo Bixiou al oído á su vecino.

—Y sin todas estas reinas ¿qué sería del imperio de los Césares?—segula diciendo Blondet.—Lais y Rodopo son la Grecia y el Egipto. Todas son la poesía de los siglos en que han vivido. Esa poesía, que le falta á Napoleón, no le faltó á la Revolución, que tuvo á la señora Talliën. Ahora, en Francia, donde estamos á quién reinará, hay un trono vacante.

Entre nosotros podíamos hacer una reina. Yo, por mi parte, le habría procurado una tía á la Torpedo, pues su madre murió auténticamente en el campo del deshonor; Tillet le habría pagado un palacio, Lousteau un coche, Rastiñac lacayos, Lupeaulx cocineros, Finot sombreros—Finot no pudo reprimir un movimiento al recibir este epigrama á boca de jarro;—Vernou le habría hecho reclamos, y Bixiou muchos chistes. La aristocracia habría concurrido á divertirse á casa de nuestra Ninón, adonde haríamos acudir á los artistas, so pena de artículos mortíferos. Ninón II habríase mostrado espléndida de impertinencia y aplastante de lujo, y habría tenido opiniones. Se habría leído en su casa alguna obra maestra del teatro, de esas que están prohibidas, y en caso necesario se habría escrito una expresa. Ninón no habría sido liberal, porque una cortesana es esencialmente monárquica. ¡Ah! ¡qué pérdida! ¡tenía que llenar á todo su siglo y se ha dado á amar á un jovenzuelo! ¡Luciano la convertirá en perro de caza!

—Ninguna de las potencias femeninas que me nombras se ha enfangado en la calle—dijo Finot,—y ese lindo rata se ha revolcado en el fango.

—Como la semilla de un lirio, ella se ha embellecido en el fango y ha florecido en él—replicó Vernou.—De ahí proviene su superioridad. ¿No es preciso haberlo conocido todo para crear la risa y el goce?

—Tiene razón—dijo Lousteau que hasta entonces se había limitado á observar;—la Torpedo sabe reirse y hace reír. Esta ciencia de los grandes autores y de los grandes actores pertenece á los que han penetrado todas las profundidades sociales. A los diez y ocho años, esa joven conoció ya la opulencia, la miseria y los hombres de todas las estofas; así es que parece que posee una varilla mágica con la cual despierta los apetitos brutales tan violentamente comprimidos en los hombres que tienen aun corazón ocupándose de política ó de ciencia, de literatura ó de arte. No hay mujer en París que le pueda decir, como ella, al Animal «¡Sal!» Y el Animal deja su guarida y se entrega á todos los excesos. Ella le sirve á uno unos platos en la mesa que no pueden estar ya más llenos, y ella ayuda á beber y á fumar. En fin, esa mujer es la sal citada por Rabeláis, sal que, echada sobre la Materia, la anima y la eleva hasta las maravillosas regiones del Arte: sus ropas despliegan magnificencias inau-

ditas, sus dedos dejan caer á tiempo sus pedrerías, como su boca las sonrisas, y da á todo la gracia de la circunstancia; su jerga es chispeante é intencionada, y tiene el secreto de las onomatopeyas de más grato sonido...

—Estás perdiendo cinco francos de folletín—dijo Bixiou interrumpiendo á Lousteau;—la Torpedo es infinitamente mejor que todo eso: todos habéis sido amantes suyos, pero ninguno puede decir que ella haya sido su querida; ella puede poseeros siempre, mientras que vosotros no la poseeréis nunca á ella. Si forzáis su puerta y tenéis que pedirle un favor...

—¡Oh! es más generosa que un capitán de bandidos y más fiel que el mejor amigo de colegio—replicó Blondet;—puede uno confiarle su bolsa y sus secretos. Pero lo que me movía á elegirla por reina es su indiferencia borbónica por el favorito caído.

—Es como su madre, un poquito demasiado cara—dijo Lupeaulx.—La hermosa holandesa se habría tragado las rentas del arzobispo de Toledo; se comió á dos notarios...

—Y mantuvo á Máximo de Trailles cuando era paje—añadió Bixiou.

—La Torpedo es demasiado cara, como Rafael, como Careme, como Taglioni, como Lawrence, como Boule, como lo son todos los artistas de genio—dijo Blondet.

—Jamás ha tenido Ester esas apariencias de mujer distinguida—dijo entonces Rastignac señalando la máscara á quien Luciano daba el brazo.—Yo apuesto por la señora de Serizy.

—No hay duda—respondió Chatelet,—y se explica la fortuna del señor de Rubempré.

—¡Ah! la Iglesia sabe escoger sus levitas; ¡qué guapo secretario de embajada hará!—dijo Lupeaulx.

—Tanto más cuanto que Luciano es hombre de talento—contestó Rastignac.—Estos señores tienen más de una prueba de lo que digo—añadió mirando á Blondet, á Finot y á Lousteau.

—Sí, sí, el mozo tiene condiciones para llegar muy arriba—dijo Lousteau, que se moría de celos;—tanto más cuanto que tiene lo que llamamos *independencia en las ideas*...

—Tú eres el que lo has formado—dijo Vernou.

—Bueno—replicó Bixiou mirando á Lupeaulx,—apelo al recuerdo del señor secretario general y refrendario. Esa máscara es la Torpedo; apuesto una cena.

—Aceptada la apuesta—dijo Chatelet, que tenía interés por saber la verdad.

—Vamos, Lupeaulx—dijo Finot,—vea de reconocer las orejas de su antiguo rata.

—No hay necesidad de cometer un crimen de lesa máscara—advirtió Bixiou;—la Torpedo y Luciano vendrán por aquí para ir al ambigú, y entonces yo me comprometo á probaros que es ella.

—¿Ha vuelto ya á la superficie nuestro amigo Luciano?—dijo Natán al unirse al grupo—yo le creía en su tierra para el resto de sus días. ¿Ha descubierto algún secreto contra los ingleses?

—Ha hecho lo que tú no harías en tan poco tiempo; lo ha pagado todo—le respondió Rastignac.

El gordo enmascarado hizo con la cabeza una señal de asentimiento.

—Cuando se tienen sus años, todo resulta fácil—contestó Natán.

—¡Oh! ese será siempre un gran señor y tendrá siempre una elevación de ideas que le pondrán por encima de muchos hombres que se creen superiores—respondió Rastignac.

En este momento, periodistas, petimetres, ociosos, todos examinaban, como los chalanes un caballo, el delicioso objeto de su apuesta. Aquellos jueces encanecidos en el conocimiento de las depravaciones parisienses, todos de talento, aunque de muy diferente género, igualmente corrompidos, igualmente corruptores, entregados todos á ambiciones desenfundadas, acostumbrados á suponerlo todo, á adivinarlo todo, tenían los ojos ardentemente fijos en una mujer enmascarada, en una mujer que sólo por ellos podía ser conocida. Ellos y algunos asiduos al baile de la Ópera eran los únicos que sabían reconocer, bajo el largo ropaje del dominó negro, bajo el capuchón, la redondez de las formas, las particularidades del ademán y del paso, el movimiento del talle, el meneo de la cabeza, las cosas menos apreciables para los ojos vulgares y más fáciles de ver para ellos. No obstante aquella envoltura informe, pudieron, pues, reconocer el más conmovedor de los espectáculos, el que ofrece á los ojos una mujer animada por un amor verdadero. Que fuese la Torpedo, la duquesa de Maufrigneuse ó la señora de Serizy, el último ó el primer peldaño de la escala social, aquella criatura era una creación admirable, el relámpago



de los sueños felices. Aquellos jóvenes envejecidos, lo mismo que aquellos viejos verdes, sintieron una sensación tan viva, que envidiaron á Luciano el privilegio sublime de aquella metamorfosis de la mujer en diosa. La máscara estaba allí cual si estuviese á solas con Luciano, y para aquella mujer no había allí diez mil personas ni una atmósfera cargada y llena de polvo; no, estaba bajo la bóveda celestial de los Amores, como las vírgenes de Rafael bajo su nimbo de oro; no sentía los codazos, y el fuego de su mirada salía por los agujeros del antifaz y se unía á los ojos de Luciano; en fin, el estremecimiento de su cuerpo parecía tener por principio el movimiento mismo de su amado. ¿De dónde proviene esa llama que irradia en torno de una mujer enamorada y que la hace distinguirse de todas las demás? ¿de dónde proviene esa ligereza de sílfide que parece cambiar las leyes del peso? ¿Es el alma que se escapa? ¿Tiene la dicha virtudes físicas? La ingenuidad de una virgen, las gracias de la infancia se echan de ver bajo el dominó. Aunque caminaban separados, aquellos dos seres se parecían á esos grupos de Flora y de Céfito sabiamente unidos por los más hábiles escultores; pero eran más que esculturas, pues Luciano y su linda pareja recordaban á esos ángeles ocupados de flores ó de pájaros que el pincel de Gian-Bellini colocó bajo las imágenes de la Virgen Madre; Luciano y aquella mujer pertenecían al mundo de la fantasía, que está por encima del Arte, cual está la causa sobre el efecto.

Cuando aquella mujer, que lo olvidaba todo, estuvo á un paso del grupo, Bixiou gritó: «¡Ester!» La infortunada se apresuró á volver la cabeza cual persona que oye que la llaman, reconoció al malicioso Bixiou y bajó la cabeza como una agonizante que exhala el último suspiro. Sonó una risa estridente, y el grupo se dispersó en medio de la multitud. Rastiñac fué el único que no se alejó, para no dar á entender que rehuía las miradas chispeantes de Luciano; así es que pudo ver dos dolores igualmente profundos, aunque velados: en primer lugar á la pobre Torpedo, que iba como herida por un rayo, y luego al mascarón incomprensible, al único del grupo que se había quedado. Ester le dijo una palabra al oído á Luciano en el momento en que sus piernas vacilaban, y Luciano desapareció con ella sosteniéndola. Rastiñac siguió con los ojos á aquella linda pareja y se sumió en profundas reflexiones.

—¿De dónde le proviene ese nombre de Torpedo?—le dijo una voz sombría que le llegó al alma.

—¡Otra vez se ha escapado!—se dijo Rastiñac para sus adentros.

—Cállate ó te degüello—le dijo la máscara con voz distinta.—Estoy contento de ti, porque has cumplido tu palabra; así es que tendrás más de un brazo á tu servicio. En lo sucesivo sé mudo como una tumba, y antes de enmudecer responde á mi pregunta.

—¡Oh! esa joven es tan atractiva que se habría tragado al emperador Napoleón y se tragaría á alguien que es más difícil de seducir: ¡á ti!—respondió Rastiñac alejándose.

—Un instante—dijo la máscara.—Voy á demostrarte que tú no debes haberme visto nunca en ninguna parte.

El hombre se quitó el antifaz, y Rastiñac vaciló durante un momento al no hallar en él nada del horrible personaje que había conocido antaño en la casa Vauquer.

—El diablo os ha permitido cambiar de todo, menos de ojos, de esos ojos que no es posible olvidar nunca—le dijo Rastiñac.

La mano de hierro le oprimió el brazo para recomendarle un silencio eterno.

A las tres de la mañana, Lupeaulx y Finot hallaron al elegante Rastiñac en el mismo sitio, apoyado en la columna elegante que lo había dejado la terrible máscara. Rastiñac se había confesado á sí mismo: había sido el sacerdote y el penitente, el juez y el acusado. Se dejó llevar á cenar y volvió á su casa completamente ebrio, pero taciturno.

La calle de Langlade, al igual que las calles adyacentes, afean el Palais Royal y la calle de Rivoli. Esta parte de uno de los barrios más hermosos de París conservó durante mucho tiempo la mancha que dejaron en él los montículos producidos por las inmundicias del París viejo, sobre las cuales hubo antaño unos molinos. Esas calles estrechas, sombrías y fangosas, donde se ejercen industrias poco cuidadosas de su parte exterior, adquieren por la noche una fisonomía misteriosa y llena de contrastes. Yendo de los lugares alumbrados de la calle de Saint-Honoré, de la calle Neuve-des-Petits-Champs y de la calle de Richelieu, donde se hacina una multitud inmensa, donde relucen las obras maestras de la industria, de la moda y de las artes, todo hombre que desconozca el París de noche se quedaría

embargado por un terror triste al caer en el recinto de callejuelas que rodean á aquel resplandor que se eleva hasta el cielo. Una obscuridad profunda sucede á los torrentes de gas. De trecho en trecho, un pálido mechero despiden su luz triste y humeante para alumbrar solamente algunos oscuros callejones. Los transeúntes caminan de prisa y son raros. Las tiendas están cerradas, y las que están abiertas tienen mal aspecto; es una taberna sucia y sin luz ó alguna tienda que vende agua de Colonia. Un frío malsano posa sobre vuestros hombros su capa húmeda. Circulan pocos coches, y hay esquinas siniestras, entre las cuales se distingue la calle de Langlade, la desembocadura del pasaje de San Guillermo y algunas otras bocacalles. El ayuntamiento no ha podido hacer nada para lavar esta lepra, donde la prostitución ha sentado sus reales. Tal vez es una suerte para París el que tengan esas calles un aspecto tétrico. Pasando por allí de día, no es posible imaginarse el aspecto que adquieren de noche; son surcadas por seres extraños que no son de ningún mundo, y unas formas medio desnudas y blancas decoran las paredes y dan vida á las sombras. Entre los transeúntes y las paredes se ven rostros llenos de afeites, que caminan y que hablan. Algunas puertas entreabiertas dejan llegar al arroyo los ecos de las carcajadas, y en el oído penetran á veces palabras de esas que Rabeláís decía que helaban ó que abrasaban. De las aceras salen retornelos. El ruido no es vago; significa algo: cuando es ronco, es una voz; pero si parece un canto, no tiene nada de humano, parece un silbido. A veces se oyen verdaderos silbidos. Finalmente, el taconeo de los pies tiene un no sé qué de provocador y de burlón. Aquel conjunto de cosas produce vértigos. Las condiciones atmosféricas parecen estar allí trocadas: se siente frío en verano y calor en invierno. Pero sea en la estación que sea, aquella naturaleza extraña ofrece siempre el mismo espectáculo: el mundo fantástico de Hoffmann el berlinés está allí. El cajero más matemático no halla allí nada real después de haber pasado los estrechos que conducen á las calles honradas donde hay transeúntes, tiendas y quinqués. Más desdeñosa ó más vergonzosa que las reinas y que los reyes del tiempo pasado, que no temían ocuparse de las libertinas, la administración ó la política moderna no se atreven á mirar de frente esa llaga de las capitales. Cierto que las medidas deben cambiar con los

tiempos y que las que afectan á los individuos y á sus libertades son delicadas; pero es indudable que hay que mostrarse espléndido y atrevido acerca de las medidas de carácter material, como aire, luz y locales. El moralista, el artista y el sabio administrador echarán siempre de menos las galerías de madera del Palais Royal, donde moraban esas ovejas que van siempre adonde van los paseantes; y ¿no es preferible que los paseantes vayan adonde están ellas? ¿Qué ha ocurrido? Hoy las partes más hermosas de los paseos están vedadas de noche á las familias. La policía no ha sabido aprovechar los recursos que ofrecen ciertos pasajes para salvar la vía pública.

La joven que se había desmayado al oír su nombre en el baile de la Ópera, hacía un mes ó dos que vivía en la calle de Langlade, en una casa de innoble aspecto. Adosada al muro de una casa inmensa, aquel edificio mal revocado, sin fondo y de una elevación prodigiosa, recibe luces de la calle y parece la jaula de un loro. En cada piso hay una habitación de dos piezas. Aquella casa tiene una escalera estrechita adosada á la pared y alumbrada por ventanas que dibujan exteriormente el pasamano. La tienda y el entre-suelo pertenecían entonces á un hojalatero; el propietario vive en el primero, y los otros cuatro pisos estaban ocupados por trabajadoras muy decentes, que gozaban, por parte del portero y del propietario, de una consideración y de complacencias que resultaban necesarias á causa de la dificultad que había en alquilar una casa de construcción y situación tan extrañas. El destino de este barrio se explica por la existencia de una gran cantidad de casas semejantes á ésta, que no sirven para el comercio, y que sólo pueden ser explotadas por industrias condenadas, precarias ó indignas.

A las tres de la tarde, la portera, que había visto volver desmayada á la señorita Ester en brazos de un joven, á las dos de la mañana, acababa de celebrar consejo con la inquilina del piso superior, la cual, antes de tomar el coche para acudir á alguna juerga, le había manifestado su inquietud acerca de Ester, á quien no había oído moverse. Ester dormía aún sin duda, pero su sueño resultaba ya sospechoso. Como estaba sola en la portería, la portera sentía no poder ir á informarse de lo que ocurría en el cuarto piso, donde vivía la señorita Ester. En el momento

en que se decidía á confiar al hijo del hojalatero la custodia de la portería, especie de perrera practicada en el muro del entresuelo, se detuvo un coche á la puerta. Un hombre envuelto en una capa, con intención evidente de ocultar su traje y su condición, se apeó del coche y preguntó por la señorita Ester. Entonces la portera se tranquilizó por completo, pues el silencio y la tranquilidad de la reclusa le parecieron estar perfectamente explicados. Cuando el visitante subía los peldaños superiores de la portería, la portera se fijó en las hebillas de plata que adornaban sus zapatos y creyó ver los bajos de una sotana; así es que bajó á interrogar al cochero, el cual se dió á entender sin hablar. El sacerdote llamó, y como no obtuviese respuesta, forzó la puerta dándole un empujón, con un vigor que procedía, sin duda, de sus sentimientos caritativos, pero que en cualquiera otro habría parecido habitual. El cura entró precipitadamente en la segunda pieza y vió á la pobre Ester arrodillada ante una Virgen de yeso, ó mejor dicho, caída y próxima ya á expirar, con las manos cruzadas.

Un brasero de carbón consumido dejaba adivinar la historia de aquella terrible mañana. El dominó de capuchón yacía en tierra; la cama estaba sin deshacer. La pobre criatura, herida de muerte en el corazón, lo había preparado, sin duda, todo para morir al volver de la Ópera. Un cabito de bujía, completamente extinguido, daba á entender cuán absorbida había estado Ester por sus reflexiones. Un pañuelo empapado en lágrimas probaba la sincera desesperación de aquella Magdalena, cuya postura clásica era la de la cortesana irreligiosa. Aquel arrepentimiento absoluto hizo sonreír al sacerdote. Inhábil para morir, Ester había dejado la puerta abierta sin calcular que el aire de las dos piezas exigía mayor cantidad de carbón para ser irrespirable; el vapor no había hecho más que aturdirla, y el aire fresco que entraba de la escalera la hizo volver poco á poco á la realidad de sus males. El sacerdote permaneció de pie sumido en sombría meditación, sin sentirse conmovido ante la divina belleza de aquella joven, cuyos primeros movimientos examinaba cual si se hubiese tratado de un animal. Sus ojos vagaban de aquel cuerpo inanimado á los objetos que llenaban la estancia, con aparente indiferencia. El sacerdote contempló el mobiliario de aquel cuarto, cuyo pavimento de ladrillos rojos y húmedos estaba mal oculto por

una alfombra raída. Una camita de madera pintada se veía cubierta con cortinas de percal amarillo con flores encarnadas; un solo sofá y dos sillas de madera pintada también y cubiertas con percal de la misma clase; un papel de fondo gris mosqueado con flores, pero ennegrecido por el tiempo; una mesa de caoba para labores; la chimenea llena de útiles de cocina de la peor clase, de algunos objetos de vidrio mezclados con juguetes, tijeras, una pelota; guantes blancos y perfumados; un sombrero muy lindo; un chal de Ternaux que cubría la ventana; una elegante bata que pendía de un clavo; un canapé sin cojines; innobles zuecos rotos y zapatitos muy lindos; platos de porcelana decantados, donde se veían los restos de la última comida, unidos á unos cubiertos de estaño; un cesto lleno de patatas y de ropa sucia; un mal armario de luna que estaba vacío y que sólo contenía algunos resguardos del Monte de Piedad: tal era el conjunto de cosas alegres y lúgubres, miserables y ricas que impresionaban los ojos. Aquellos restos de lujo en aquel antro, aquel hogar tan apropiado á la vida bohemia de aquella joven desmayada sobre sus ropas como un caballo sobre sus arneses, aquel espectáculo extraño ¿le hacía pensar al sacerdote? ¿Se diría éste al menos que aquella extraña criatura extraviada debía de ser desinteresada para no aparejar su pobreza con el amor de un joven rico? ¿Atribuía el desorden del mobiliario al desorden de la vida? ¿Sentía lástima y espanto? ¿Estaba su caridad excitada? El que lo hubiese visto con los brazos cruzados, la frente ceñuda, los labios contraídos, la mirada severa, le habría creído preocupado por sentimientos sombríos y odiosos, por reflexiones que se contrariaban, por proyectos siniestros. Ciertamente que se mostraba insensible á las lindas redondeces de un seno aplastado casi por el peso de un busto y á las formas delicadas de la Venus encogida que se veía bajo el fondo de la falda; tan apoltonada estaba la pobre moribunda: el abandono de su cabeza, que, vista por detrás, dejaba percibir la nuca blanca y los hermosos hombros de una naturaleza de exuberante desarrollo, no le conmovían. El cura no levantaba á Ester y parecía no oír las desgarradoras aspiraciones con que denotaba su vuelta á la vida: fué preciso un sollozo horrible y la mirada espantosa que le dirigió aquella joven, para que el eclesiástico se dignase levantarla

y llevarla á la cama con una facilidad que denotaba una fuerza hercúlea.

—¡Luciano!—murmuró la joven.

—El amor vuelve y la mujer no está lejos—dijo el sacerdote con una especie de amargura.

La víctima de las depravaciones parisienses vió entonces el traje de su libertador, y dijo, con la sonrisa del niño que echa la mano al fin á una cosa deseada:

—¿No moriré, pues, sin haberme reconciliado con el cielo?

—Podría usted expiar sus faltas—dijo el sacerdote mo-  
jándole la frente con agua y haciéndole respirar una botella de vinagre que había en un rincón.

—Ahora siento que la vida, en lugar de abandonarme, vuelve á mí—dijo Ester después de haber recibido los cuidados del sacerdote, á quien demostró gratitud mediante gestos llenos de naturalidad.

Esta atractiva escena justificaba perfectamente el apodo de aquella extraña joven.

—¿Se siente usted mejor?—le preguntó el eclesiástico dándole á beber un vaso de agua con azúcar.

Aquel hombre parecía estar al corriente de estas extrañas precauciones; lo conocía todo y parecía estar allí como en su casa. Este privilegio de estar en todas partes como en su casa sólo pertenece á los reyes, á las doncellas y á los ladrones.

—Cuando esté usted completamente bien, ya me dirá las razones que la han movido á cometer el último crimen, este suicidio consumado—dijo, después de una pausa, aquel extraño sacerdote.

—Mi historia es muy sencilla—respondió la joven.—Hace tres meses vivía en medio del desorden en el que he nacido. Era la última de las criaturas, la más infame, y ahora soy únicamente la más desgraciada de todas. Permítidme que no os diga nada de mi pobre madre, que murió asesinada.

—Sí, por un capitán, en una casa sospechosa—dijo el sacerdote interrumpiendo á su penitente.—Conozco vuestro origen, y sé que si alguna mujer merece excusa por la vida vergonzosa que hace, es usted, que no vió nunca buenos ejemplos.

—¡Ay de mí! no he sido bautizada y no he recibido las enseñanzas de ninguna religión.

—Todo puede aun repararse con tal que vuestra fe y vuestro arrepentimiento sean sinceros y desinteresados—dijo el sacerdote.

—¡Luciano y Dios llenan mi corazón!—exclamó la joven con conmovedora ingenuidad.

—Bien podía usted decir Dios y Luciano—advirtió el sacerdote sonriendo.—Me recuerda usted el objeto de mi visita. No omita nada de lo que concierne á ese joven.

—¿Viene usted por él?—preguntó Ester con una expresión amorosa que hubiera conmovido á cualquiera otro sacerdote.—¡Oh! ¡él ha sospechado mi intención!

—No—respondió el eclesiástico,—no es de su muerte, sino de su vida, de lo que se preocupan. Vamos, explíqueme sus relaciones.

—En dos palabras—constestó la joven.

La pobre temblaba al oír el tono severo del sacerdote, aunque lo hacía como mujer á quien no sorprende ya la brutalidad humana.

—Luciano es Luciano, el joven más guapo del mundo y el mejor de los seres vivientes; pero si usted lo conoce, estoy segura que juzgará natural mi amor. Lo encontré por casualidad hace tres meses en la Puerta de San Martín, adonde fui un día de salida, porque nosotras teníamos un día de salida á la semana en casa de madama Meynardie, donde yo estaba entonces. Al día siguiente, ya comprenderéis que yo saliese sin tener permiso. El amor había penetrado en mi corazón y me había cambiado de tal modo, que al volver del teatro ni yo misma me conocía; me causaba horror á mí misma. Luciano no ha podido saber nunca nada. En lugar de decirle dónde estaba, le dí las señas de esta casa, donde vivía entonces una amiga mía que tuvo la amabilidad de cedérmela. Le doy á usted mi palabra sagrada...

—Es preciso que no jure usted.

—¿Es jurar el dar palabra sagrada? Bueno, desde aquel día trabajé como una condenada en este cuarto, haciendo camisas, á fin de vivir honradamente. Durante un mes, no comí más que patatas, para ser juiciosa y digna de Luciano, que me ama y me respeta como á la más virtuosa de las virtuosas. He prestado en forma mi declaración á la policía, para recobrar mis derechos, y estoy sometida á dos años de vigilancia. Esos, que tan fácilmente la inscriben á una en los

registros de la infamia, oponen excesivas dificultades para borrarlos. Lo único que yo pedía al cielo era que protegiere mi resolución. En el mes de abril cumpliré diez y nueve años, y á esta edad hay siempre esperanza. A mí me parece que he nacido hace tres meses. Yo le rogaba á Dios todas las mañanas y le pedía que hiciese de modo que Luciano no conociese nunca mi vida anterior. He comprado esa Virgen que ve usted ahí, y como no sé rezar le rezaba á mi modo: no sé leer ni escribir, no he entrado nunca en una iglesia y nunca he visto á Dios más que en las procesiones, por curiosidad

—¿Y qué le dice usted entonces á la Virgen?

—Le hablo como á Luciano, con entusiasmo de alma que le hace llorar.

—¡Ah! ¡llora él?

—De alegría—se apresuró á decir Ester.—¡Pobrecillo! nos entendemos tan bien que parece que tenemos una sola alma. ¡Es tan amable, tan cariñoso, tan generoso, tan listo, tan distinguido! Él dice que es poeta, y yo le digo que es Dios. ¡Dispénsenme! pero ustedes los sacerdotes no saben lo que es el amor. Por lo demás, nosotras somos las únicas que conocemos bastante á fondo los hombres para apreciar á un Luciano. Mire usted, un Luciano es tan raro como una mujer sin pecado, y cuando le halla una ya no puede amar á nadie más que á él. Pero para un ser semejante es preciso buscar pareja. Yo deseaba ser digna del amor de Luciano, y de aquí provino mi desgracia. Ayer, en la Ópera fui reconocida por unos jóvenes que no tienen corazón. El velo de la inocencia que me cubría cayó y las risas de aquellos malvados hirieron mi corazón y mi cabeza. No crea usted que me ha salvado, porque yo me moriré de pena.

—¿El velo de la inocencia?—dijo el sacerdote—¿es que ha tratado usted á Luciano con el mayor rigor?

—¡Oh! ¡padre mío! ¿cómo me hace usted esa pregunta conociéndole á él?—respondió Ester sonriendo con soberbia.—A un Dios no es posible resistirse.

—No blasfeme usted—le dijo el eclesiástico con dulce tono.—Nadie puede semejarle á Dios. La exageración no sienta bien al amor verdadero; usted no sentía por su ídolo un amor puro y verdadero. Si hubiese sentido el cambio que dice haber sufrido, hubiese adquirido las virtudes que pertenecen á la adolescencia, habría conocido las delicias

de la castidad y las delicadezas del pudor, estas glorias de la doncella pura. Usted no ama.

Ester hizo un gesto de espanto que no bastó á destruir la imposibilidad de aquel confesor.

—Sí, usted le ama por usted y no por él, por los placeres temporales que la encantan y no por el amor en sí mismo; si se ha apoderado usted de él de ese modo, es que no tenía ese temblor sagrado que inspira el ser á quien Dios ha dotado con los más adorables perfecciones. ¿Pensó usted en que le degradaba con su impureza pasada y en que iba á corromper á un niño con esas espantables delicias á que debe usted su glorioso apodo de infamia? ¡Usted ha sido inconsecuente consigo misma y con su pasión de un día!

—¡De un día!—repitió la joven levantando la vista.

—¿Qué nombre darle á un amor que no es eterno y que no nos une con aquel á quien amamos?

—¡Ah! ¡yo quiero ser católica!—exclamó Ester con voz sorda y con tanto entusiasmo que nuestro Salvador la habría perdonado.

—¿Podía ser mujer de Luciano de Rubempré una joven que no ha recibido el bautismo de la Iglesia ni de la ciencia, que no sabe leer, escribir, ni rezar, que no puede dar un paso sin que las piedras se levanten á acusarla, que es notable únicamente por el fugitivo privilegio de una belleza que desaparecerá mañana con una enfermedad, la joven envilecida y degradada, presa futura del suicidio y del infierno?

Cada frase era una puñalada que penetraba en su corazón. A cada frase, los sollozos y las lágrimas de la joven desesperada demostraban la fuerza con que entraba la luz en su inteligencia pura como la de un salvaje, en una alma que despertaba al fin, en una naturaleza que había sido cubierta por una capa de hielo fangoso, que acababa por fundirse al calor de la fe.

—¡Por qué no habré muerto!

Esta era la única idea que expresaba en medio de los torrentes de ideas que acudían á su cerebro y la estragaban.

—Hija mía—dijo el juez terrible,—existe un amor que no se declara ante los hombres y cuya declaración es escuchada por los ángeles con sonrisas de felicidad.

—¿Cuál?

—El amor sin esperanza cuando inspira la vida, cuando es el principio de los sacrificios, cuando ennoblece todos los